

De la gente maicera



El Bambuco. Ilustración
tomada del libro de Javier Gócampo López.

"Pues como sólo para Antioquia escribo,
yo no escribo español sino antioqueño..."

¡Salve segunda trinidad bendita!
¡Salve frisoles, mazamorra, arepa
¡Tan solo con nombrarlos se siente hambre!
¡No muera yo sin que otra vez te vea!
Yo quisiera mirar escritores en Antioquia
Y presentarles la totuma llena
De mazamorra de esponjados granos,
Más blancos que la leche en que se mezclan.
Que metieran en ella la cuchara,
Y que de grano la sacaran llena,
Cual isla de marfil que flota en leche,
Como mazorca de nevadas perlas...!
No endulzaran vuestros postreros días
El sabroso balar de las ovejas,
De las vacas el nombre uno por uno,
La imagen del solar piedra por piedra.
Las sabaletas conservadas vivas
Sirviendo de vivero una batea,
Las moras y guayabas del rastrojo
El columpio en el guamo de la huerta
La cometa enredada en el papayo
Los primeros perritos de Marbella...
En fin... vuestra vejez será horrorosa
Pues no habéis asistido a una cogiendo..."

Gregorio Gutiérrez González
Tomado de la Restauración de Medellín,
Arrume folclórico. **De todo el maíz.**
Imprenta departamental de Medellín, 1949. Fragmento.

De las montañas de la provincia antioqueña, a golpes de hacha y machete, se fueron construyendo poco a poco villas y pueblos con un profundo raigambre español. Si durante los siglos XVI y XVII la búsqueda de oro animó a propios y a extraños a conquistar tierras, filones, vetas, y esclavos, fue durante los siglos XVIII y XIX que la economía del café y, ya más entrado el siglo XX, la industrialización llevó a Medellín a su zona de influencia a ocupar uno de los puestos más importantes en la economía y la cultura de la región septentrional de América del Sur.

Se habla de la región antioqueña como de una región con un mosaico de tipos fisionómicos donde la mezcla del blanco, el negro y el indígena proyectan muchas variedades sin llegar a definir los caracteres de un tipo racial único.¹ De una ocupación inicial del territorio en el macizo antioqueño y el Valle de Aburrá, los paisas se movieron al sur, a Fredonia, Aguadas, Pensilvania, Manizales, Santa Rosa de Cabal, Armenia y hasta el sur a Roncesvalles, con carriel y mulera avivando así las esperanzas de una numerosa población campesina.

Con las mulas viajaron los tiples y las cotizas, así como los bambucos y las canciones.

Por ello, tanto en el viejo Caldas como en las villas de Antioquia perviven las canciones a la morena esquiva, canciones de serenatas y chirimías.

El habla popular del antioqueño, caracterizada y estudiada por diversas personas, contiene modismos, frases y refranes ilustrativos de la ideología y de la cultura del habitante de estas montañas. *El fraile en la cátedra sagrada, el sabio en la academia, el campesino y el arriero en los*

atajos y escondites de la labranza y el camino; el niño en su escuela y el minero en el socavón; el boga en la mitad del río y el político en su peroración ante las cámaras, lo emplean todos por igual...² La cultura del antioqueño es bien conocida en otras latitudes pues como tantos otros grupos humanos, recrea sus prácticas sociales, su alimentación y su dieta tanto como su música en grandes ciudades, por ejemplo en Nueva York y Miami.

REFRANES POPULARES

- A herradura que suena, clavo que le falta.
- Al que le conviene a su casa viene.
- Conmigo no se meta di a mucho.
- Cuando la pata se hincha, la sepultura relincha.
- De un solo hachazo se abate un roble.
- Es más hondo qu'el Pacífico.
- Estoy más pela'o que espalda de frasco.
- Hay que trabajar de día para comer en la noche.
- Hiju' el tan marinillo.
- Perder chicha, calabazo y miel.
- Se cree tan bonito que se entra a los zaguanes y se abraza solo.
- A mano de Dios y a la pata del Diablo.
- Líbrame Dios del agua mansa que de la brava yo me libraré.
- No si'a semanasanto.

(1) Panesso Robledo, Antonio. *Del folklore antioqueño*. Comisión Nacional de Folclore. ms, s.f.

(2) Molina, H. *El refrán y el modismo en el habla popular de la montaña antioqueña*. Revista de Folclor No. 6, Bogotá 1951, páginas 305 a 329.